

Los Frontones de Ciudad Universitaria / Yurik Kifuri Rosas

Pasante de la Facultad de Arquitectura, UNAM

IEE, UNAM. Foto: Saúl Medina.



Los frontones de Ciudad Universitaria responden a diversas situaciones: su relación con el conjunto de las instalaciones deportivas, con el entorno natural del pedregal de San Ángel y a la búsqueda de una arquitectura mexicana contemporánea y funcional.



Alberto Arai decía que "Lo arquitectónico se constituye mediante la unión de la distribución y la construcción, que son sometidos a los diseños de una intención artística deliberada y creadora que los traduce en una unidad homogénea". Esta intención artística no puede darse sin un estudio previo, sin una comprensión de lo que se pretende. "La arquitectura es el arte que construye el ambiente del hombre"; el ambiente entendido mucho más allá del techo que protege de la intemperie; aquí, quizá, radica la diferencia entre arquitectura y construcción; búsquedas distintas que persiguen fines disímiles.

El conjunto de los cuatro frontones abiertos, el gimnasio y el frontón cerrado se asienta en el terreno en forma escalonada, creando patios entre ellos; los frontones abiertos en forma de pirámide trunca están contruidos en concreto armado y recubiertos con piedra braza; así se relacionan armónicamente con el entorno y con la arquitectura precolombina; como una serie de cajas homogéneas, sin ornamento alguno, responden a los lineamientos de una arquitectura funcional en donde la estructura tiene la doble función de soportar al edificio y albergar los servicios. Distribuidos a lo largo del terreno escalonadamente, crean entre ellos un patio-plaza, división y antesala, en un doble juego donde los frontones se encuentran divididos por patios o el terreno esta dividido o acotado por los frontones, cajas de piedra braza homogéneas, desnudas, que dan la impresión de una arquitectura casi metafísica.

El frontón cerrado y el gimnasio forman una escuadra que crea a su vez tres patios. La forma y textura homogénea de los frontones crean un conjunto armónico muy logrado, con gran variedad de perspectivas, espacios y recorridos; lo que parece sólo un gran muro, al ser recorrido, nos descubre un patio y un edificio. El frontón cerrado se abre hacia un patio acotado lateralmente por el gimnasio; este patio funcionaba originalmente como vestíbulo abierto con escalinatas de acceso exteriores que recuerdan a las pirámides precolombinas, dialogando armónicamente con la fachada de persianas de cristal, independiente de la estructura de columnas de concreto. Adentro conviven la desnudez de los muros de piedra braza y las traveses de alma abierta que soportan una cubierta plana de lámina de asbesto; los servicios, sanitarios y vestidores se albergan en el interior de la estructura formada por un muro interior ortogonal y un muro exterior inclinado que funciona como contrafuerte, espacios servidos y servidores, estructura bifuncional. La descripción del conjunto de los frontones responde a lo que Arai definía:



IIE, UNAM. Foto: Saúl Molina.

Podríamos definir a la obra de arquitectura como compuesta de cinco factores esenciales. El factor geográfico y físico, contribuyendo a modelar la vivienda humana según la región y los medios materiales disponibles, como el clima del lugar, la naturaleza del suelo, los materiales que ofrece el territorio de forma espontánea y lo que el lugareño elabora partiendo de ellos (...) En segundo término, tenemos el humano. Éste da el contenido de la habitación (...) En tercer lugar, nos encontramos con el aspecto constructivo de los edificios, que es el que hace que una obra arquitectónica sea resistente y dure, a pesar de las fuerzas de la intemperie y del uso constante de sus paredes, techumbre, vanos, etc. En cuarto término, hallamos el factor económico, que nos hace saber si podremos levantar la construcción con mayor o menor amplitud (...) Y en quinto lugar tenemos el factor plástico, elemento indispensable que se capta por medio de los sentidos y que llega a afectar emotivamente a nuestro ser.

Originalmente, el acceso al gimnasio y al frontón cerrado consistían en simples perforaciones en los muros de piedra; se transitaba de un vestíbulo-patio al interior de los edificios. Los frontones abiertos son contenidos por tres muros de piedra braza y un piso o despiece diferentes al de los patios circundantes. El conjunto se hallaba delimitado o contenido por vallas de órganos y muretes. No existe ornamento ni alardes constructivos ni escaparate de materiales, barroquismo en las formas. De las ideas funcionalistas, opta por la economía en la sencillez de las formas, la claridad constructiva y la distribución lógica. Los materiales son del lugar, el conjunto dialoga con el entorno natural y el construido. El concepto del diseño muestra una lectura de la arquitectura mexicana:

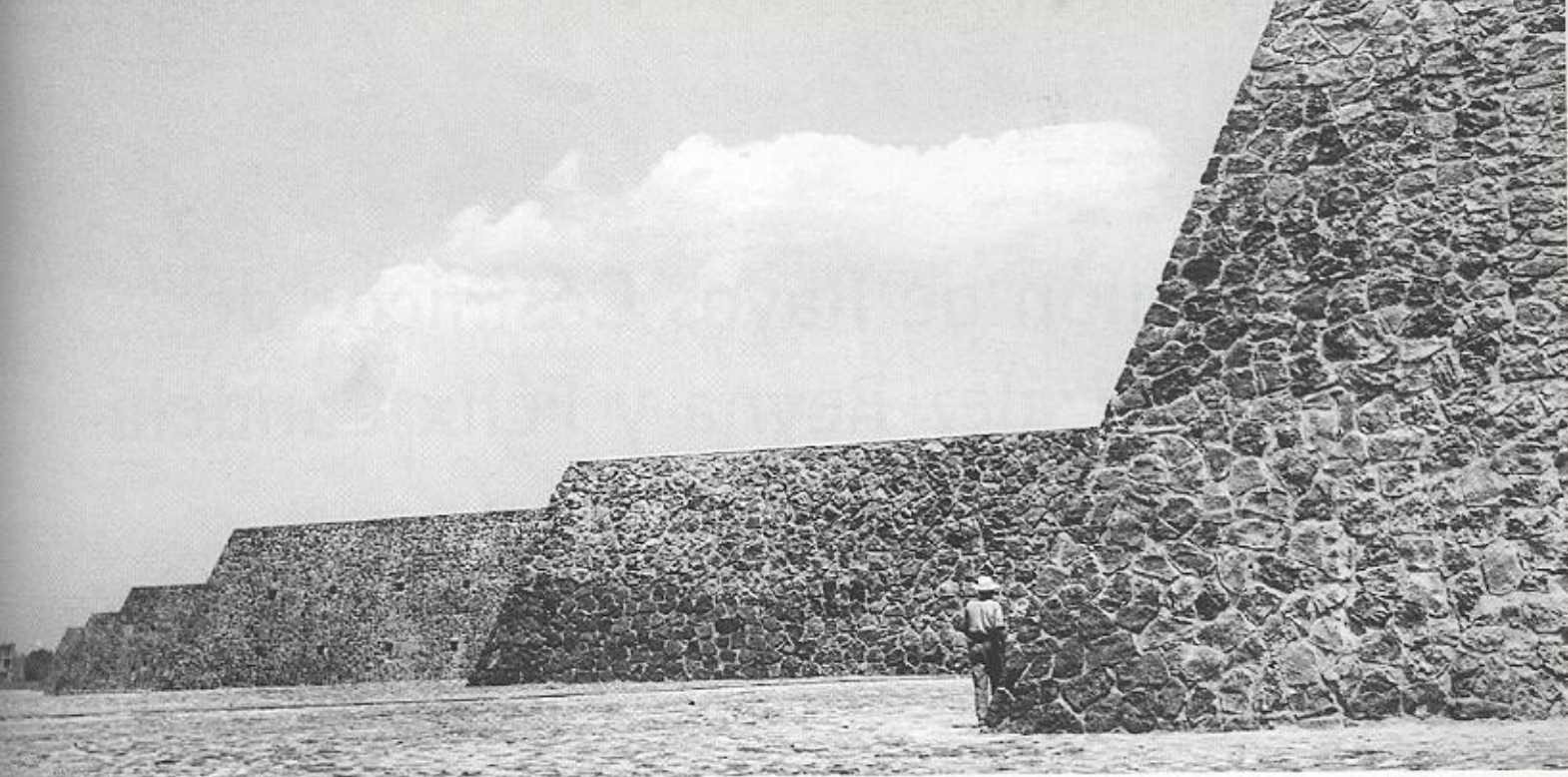
Toda obra arquitectónica de alta calidad, realizada por profesionales mexicanos, debe surgir como consecuencia de la más amplia comprensión y reelaboración creadora de las fuentes populares, regionales y tradicionales, que resumen la experiencia de los siglos. Para que la arquitectura de gran estilo no sea una obra de escaparate, debe en nuestro medio resonar al unísono con la geografía y la historia de México (...) La arquitectura que México necesita en la hora actual, tiene que estar en perfecta consonancia con los problemas que plantea la realidad mexicana.

Y esta realidad está en marcha: se está construyendo externa e internamente, objetiva y subjetivamente, es decir, material y espiritualmente. Por el primer aspecto, la obra arquitectónica debe ser útil, funcional. Por lo que toca a lo segundo, la obra arquitectónica debe educar al público en múltiples sentidos: en el físico, en el moral y en el artístico. Esta resonancia popular, del espíritu arquitectónico debe contribuir a la constitución de la unidad ciudadana del país, respetando la variada riqueza de lo popular, de lo regional.

Arai toma la forma de las pirámides y las abstrae; no es la burda copia, más bien es una reinterpretación, una clara lectura de la arquitectura prehispánica:

La vida humana se caracteriza en su devenir temporal por el ejercicio de una actividad peculiar, propia e inconfundible, como es la re-creación. Toda vida cultural es re-creación. Re-crear una cosa es volver a hacer algo que ya era, pero de manera novedosa. Para poder recrear las cosas que interesan al hombre, es indispensable presuponer el conocimiento de las cosas creadas anteriormente, así como la posibilidad de reconocerlas desde el presente. Sin esa identificación entre lo que se recuerda, que es por lo mismo simultáneamente una diferenciación, no se puede rehacer ninguna cosa que existió y que hoy está deshecha. El simple hacer es un crear, un crear de la nada. El hacer es en pluralidad realizar algo inexistente, sin precedente, sin modelo original(...) De donde rehacer o recrear es una sabia combinación de las dos simples actividades anteriores, del sacar algo de la nada y del reproducir algo conocido.

Arai entiende la relación abierto-cerrado, paisaje-edificio de la arquitectura precolombina creando vestíbulos-patios-accesos; a la manera de Kahn, diferencia espacios servidos y servidores, alojando estos últimos en la estructura portante; el interior de los servicios es iluminado y ventilado por pequeños vanos que recuerdan las mechinales de los templos coloniales. De esta manera, los frontones no sólo dialogan con la arquitectura mexicana, sino que participan de las ideas funcionalistas en una clara retroalimentación; para subrayar esto último, recorro a un texto del autor:

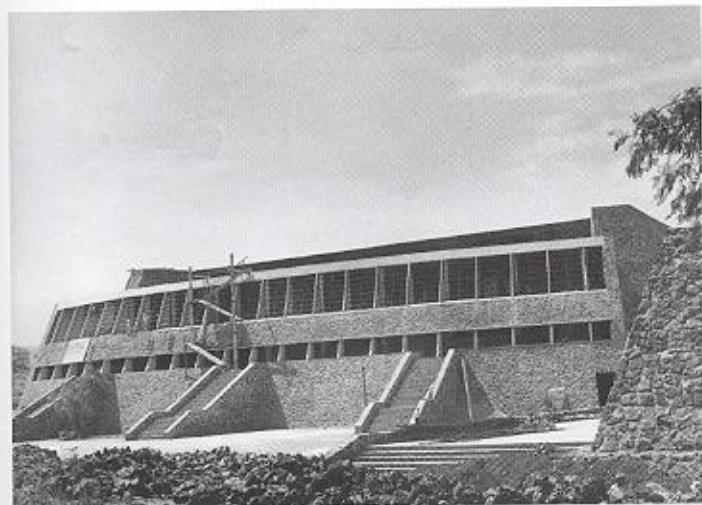


III. Foto: Saúl Molina.

El conocimiento de lo ajeno y lo pasado, son causa de influencias benéficas; pero una cosa es asimilar lo bueno que poseen los demás, y otra cosa muy distinta es conformarse con esas influencias; lo que se traduce en imitación servil. La influencia extraña es sólo un medio de intercambio cultural entre grupos humanos; la finalidad, en cambio, es la aplicación distintiva de estos medios a los motivos propios, a los problemas de uno, no importados del exterior.

Lo extraño convertido en propio, y lo propio proyectado hacia lo extraño; he aquí la mecánica del intercambio cultural entre las comunidades humanas.

Al recorrer los frontones acompañado de fotos de la época, es difícil orientarse: han desaparecido casi todos los desniveles, los muretes, las vallas de órganos; los árboles han crecido, una cancha hundida ha desaparecido para ampliar el estacionamiento. El espacio inspirado en la arquitectura precolombina ha tenido un rápido y similar fin: por un lado, de espacio desnudo, abstracto, casi metafísico, hoy está rodeado de una especie de selva; de conjunto que dialogaba armónicamente con su entorno, pasó a ser un espacio cercado por construcciones, simples y burdas, que llegan a encimarse en los frontones, en una absoluta falta de respeto. ☼



Frontón cerrado. IIE, UNAM. Foto: Saúl Molina.

Testimonio de Carlos Recamier Montes

A mí no me tocó intervenir en los planteamientos del programa arquitectónico y proyecto de Ciudad Universitaria, donde se definió el esquema de conjunto, pero sí tuve una intervención, porque a las áreas básicas del funcionamiento de la Universidad, docencia, investigación y difusión de la cultura, se agregó una nueva destinada a la vivienda de maestros y dormitorios para alumnos, que requería de servicios generales para resolver sus necesidades.

Entre estos últimos se encontraba la lavandería central, proyecto que nos fue encargado a mi compañero y amigo desde los años de educación primaria, Alfonso Garduño Navarro, y a mí.

Por diversos problemas administrativos, nuestro contrato nunca se firmó, y así fue como durante el desarrollo del proyecto arquitectónico y de los estudios económicos y de prioridades las autoridades universitarias decidieron suspender el que correspondía al de vivienda y servicios, teniendo en cuenta las dificultades sociales y políticas que podrían derivarse de la convivencia diaria de maestros y alumnos dentro de las instalaciones de Ciudad Universitaria.

Siempre me quedó la impresión de que la UNAM declinó entonces dar un paso muy importante, que podría haber abierto las puertas a una relación universitaria madura entre la docencia y el alumnado.

Testimonio de Fernando Barbará

Cuando fui invitado por Carlos Lazo y Mario Pani a encabezar junto con los arquitectos Tena y Solórzano el equipo que realizaría la Escuela de Medicina Veterinaria (...) sentí una gran satisfacción, pues, además de ser muy gratificante, implicaba una gran responsabilidad (...) Tendría, además, la oportunidad de trabajar en equipo y ser parte de uno muy vasto que comprometía a los mejores arquitectos de México (...) Entraba a "las grandes ligas".

Antes, en 1947, la Escuela de Arquitectura había presentado un anteproyecto, realizado por el conjunto de maestros y alumnos, que había ganado el concurso para la construcción de la Ciudad Universitaria (...) Era un proyecto hecho con la aportación de todos, pero seguía siendo un proyecto de escuela, el paso más cercano a la realidad.

Cuando, años después, los antiguos alumnos —ya como arquitectos— fuimos llamados y se nos asignaron los proyectos de las diversas escuelas, ya no era teoría, era ya la realidad misma, y cambiaba la responsabilidad en forma total.